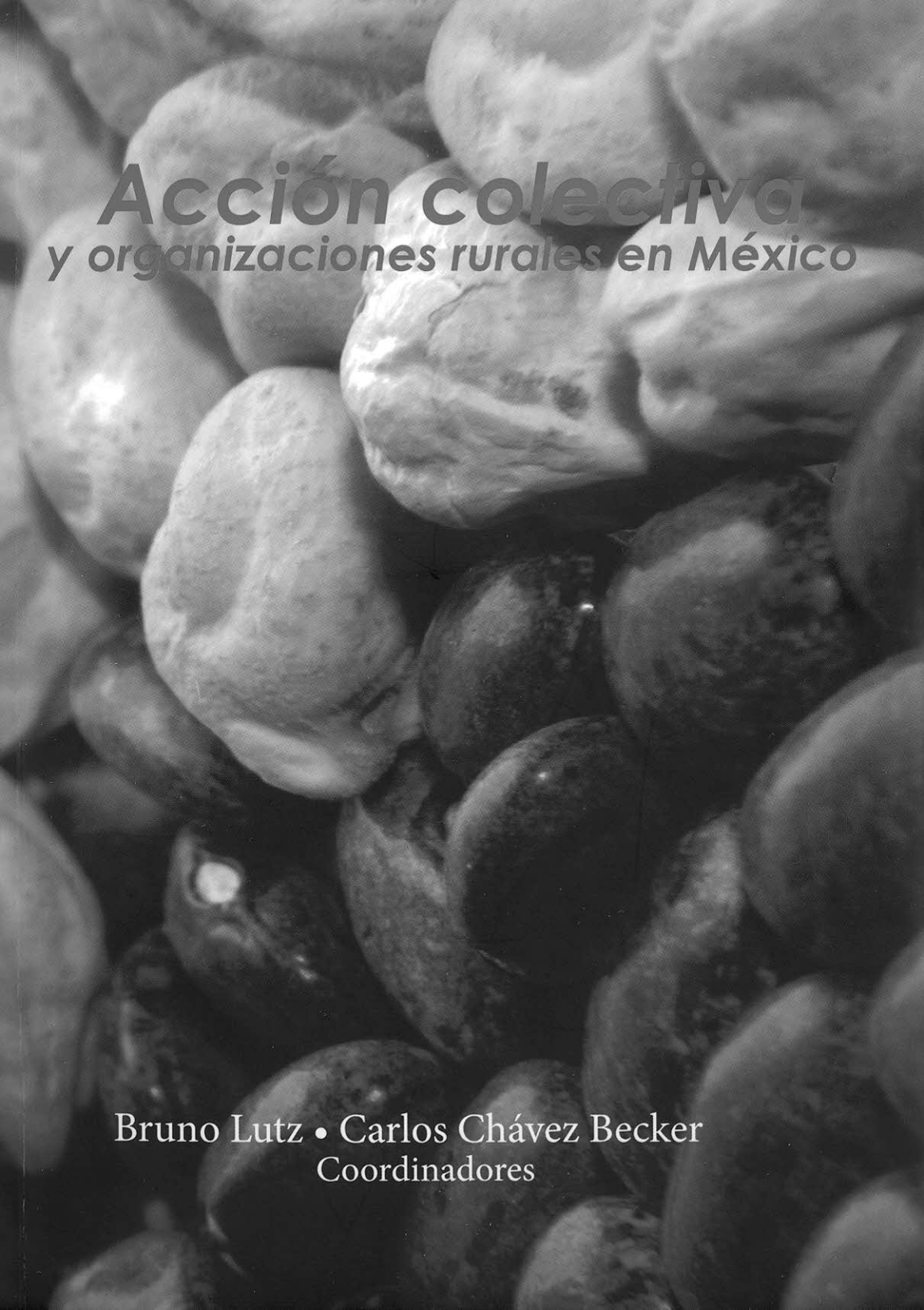

Acción colectiva
y organizaciones rurales en México

Bruno Lutz • Carlos Chávez Becker
Coordinadores

DIRECTORIO

Universidad Nacional Autónoma de México

José Narro Robles
RECTOR

Eduardo Bárzana García
SECRETARIO GENERAL

Leopoldo Silva Gutiérrez
SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Luis Raúl González Pérez
ABOGADO GENERAL

Javier Martínez Ramírez
DIRECTOR GENERAL DE PUBLICACIONES Y FOMENTO EDITORIAL

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Fernando Castañeda Sabido
DIRECTOR

Claudia Bodek Stavenhagen
SECRETARIA GENERAL

José Luis Castañón Zurita
SECRETARIO ADMINISTRATIVO

María Eugenia Campos Cázares
JEFA DEL DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

ACCIÓN COLECTIVA Y ORGANIZACIONES RURALES EN MÉXICO

Bruno Lutz • Carlos Chávez Becker

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

ediciones del lirio

La presente investigación, arbitrada "a doble ciego" por especialistas en la materia, ha recibido el aval de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM y la División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM Xochimilco.

Acción colectiva y organizaciones rurales en México

Primera edición: octubre de 2014
D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510, México, D.F.

© Ediciones del Lirio S.A. de C.V.
Azucenas No. 10, Col. San Juan Xalpa, Iztapalapa
México D.F. C.P. 09850

© Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso, número 1100
Delegación Coyoacán
México D.F. C.P. 14960

COORDINACIÓN: *Bruno Lutz y Carlos Chávez Becker*
DISEÑO EDITORIAL: *Ana Patricia Reyes Fernández*
DISEÑO DE PORTADA: *Fernanda Morales de la Cerda*

ISBN UNAM: 978-607-02-6048-3
ISBN UAM-X: 978-607-28-0292-6
ISBN DEL LIRIO: 978-607-8371-41-9

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.
Impreso y hecho en México/Made and printed in Mexico.

ÍNDICE

PRÓLOGO
Hubert Carton de Grammont *11*

INTRODUCCIÓN
Carlos Chávez Becker *19*

PARTE I
Formación histórica de colectividades rurales 35

1. Organizar para civilizar. El Estado Mexicano y el campesino en el siglo XX
Bruno Lutz *37*

2. Historia de las luchas obreras y campesinas en el Ingenio San Cristobal, Ver.: 1917-1960
Francis Mestries *77*

PARTE II
Alternativas organizacionales en el campo mexicano 131

3. Producción de sorgo y organizaciones agrícolas en el noreste de méxico
Artemisa López León *133*

4. La unión de ejidos 16 de abril de valle de Santiago, Guanajuato, ante el libre comercio
María Cristina Steffen Riedemann 167

5. Coevolución: el caso de la UCIRI en el Movimiento Autónomo Campesino Mexicano, un ejemplo exitoso de adaptabilidad
Carlos Chávez Becker 203

6. Organizaciones cafetaleras del comercio justo y el estado: la COOPCAFE en Chiapas
Gladys Karina Sánchez Juárez 247

7. Haciendo camino al andar. Espacios femeninos en organizaciones cafetaleras de comercio justo
Silvia Nuria Jurado Celis 275

PARTE III
Nuevas agendas para el campo mexicano 309

8. Seguridad alimentaria y movimiento social campesino en méxico en el contexto neoliberal
Fredyd Torres Oregón 311

9. Movimiento campesino transnacional. El caso de la vía campesina-México
Armando Sánchez Albarrán 353

CONCLUSIONES
Bruno Lutz 407

PRÓLOGO

Hubert Carton de Grammont[1]

El libro *Acción colectiva y organizaciones rurales en México* es un notable esfuerzo para analizar la situación de las organizaciones de los pequeños productores agropecuarios en México hoy día, sin dejar de lado preocupaciones sobre la conformación histórica de las colectividades rurales. Plantea dos primicias que me parecen fundamentales y marcan la pauta de esta obra: primero, que disponemos de elementos suficientes para afirmar que el campo conoció profundos cambios en su estructura productiva a partir de la globalización pero poco sabemos sobre la transformación de sus actores y de su acción colectiva, segundo, que el modelo político corporativista mexicano en el cual se inscribe esta acción colectiva se transformó pero no se derrumbó tal como se esperaba cuando el PRI perdió el control del Ejecutivo después de 70 años en el poder.

Efectivamente, sobre los cambios en su estructura productiva todos los estudiosos reconocen el dominio de las agroindustrias y de los agronegocios, iniciado hace más de tres décadas con la aparición de la agricultura de contrato y de las cadenas productivas. También, sabemos que ese encadenamiento productivo no solamente ha fomentado la concentración de la producción en las empresas capaces de adaptarse al modelo productivista con alto consumo de insumos, sino en las regiones

1 Profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

con mejores condiciones de producción. No sólo asistimos a un proceso de polarización social, sino a la producción de una economía del espacio, en términos del geógrafo David Harvey (2003), que favorece la creación de enclaves productivos para abastecer el mercado mundial, mientras el resto del territorio pasa al rubro de la economía de sobrevivencia, o sea de las políticas de lucha contra la pobreza. En el marco de la globalización, la polarización social y la polarización espacial se combinan estrechamente. Podemos hablar de una transformación profunda que se dio en un período relativamente corto de unas tres décadas. Llama la atención la similitud que existe hoy en día entre el funcionamiento de las cadenas productivas agropecuarias y de las empresas globalizadas del sector industrial y servicios. Estos nuevos procesos macroeconómicos tienen profundas consecuencias tanto sobre las estructuras de dominación económica en la agricultura como sobre el número y el tipo de productores agropecuarios.

Según un estudio que realice hace unos años (Carton de Grammont 2010), en 1992 había 3.8 millones productores agropecuarios en el país, de los cuales alrededor del 80% eran campesinos pobres, 15% pequeños o medianos productores mercantiles y el resto empresarios familiares o grandes empresarios agropecuarios. A la fecha, desaparecieron aproximadamente el 40% de estos productores (1.4 millones). Esta sangría afectó a todos los productores, desde los más pequeños hasta los empresariales. Es razonable pensar que esta disminución proseguirá a manera de una tendencia asintótica, aunque es difícil prever con qué ritmo. Con todo y esta incertidumbre, me atrevo a pensar que para la próxima década de los treinta, a más tardar para mediados del siglo, nos habremos quedado con alrededor de medio millón de productores empresariales dedicados al abasto de las grandes ciudades, tanto en el mercado nacional como internacional, mientras habrá alrededor de un millón de pequeños productores familiares esencialmente dedicados al abasto de los mercados regionales. En términos macroeconómicos, la producción agrícola seguirá creciendo aunque, inevitablemente, su PIB perderá importancia en el PIB total por el constante proceso de industrialización nacional.[2]

2 El PIB agrícola en el PIB total de los países industriales oscila entre 0.7% (Inglaterra) y 1.5% (Francia), mientras el PIB agrícola de los países pobres oscila entre 20% (Camerún) y 50% (Chad). En México, el PIB

A mi entender, el problema crucial no se ubica por el lado del sector agrícola empresarial que mantiene un buen dinamismo, obviamente a costa de las empresas menos eficientes, sino por el lado de la pequeña producción familiar que se ve obligada a diversificar sus fuentes de ingreso para mantenerse en la producción agrícola. Así, hoy es indispensable conocer la transformación de los procesos de perpetuación de la unidad de producción familiar y el proceso más relevante me parece ser la relación existente entre el ingreso agropecuario y el ingreso no agropecuario. Sabemos que siempre la unidad de producción campesina ha necesitado de actividades complementarias fuera de la finca para reproducirse, pero hoy la tendencia general es el predominio de los ingresos no agrícolas sobre los ingresos agrícolas no sólo entre los campesinos de autosubsistencia sino en el conjunto de las unidades agropecuarias, desde las más pobres hasta las acomodadas (*ibid.*). Esto implica novedosas formas de reproducción de las familias agropecuarias cada vez más basadas en la pluriactividad, en donde es la actividad más rentable la que define la dinámica del conjunto del trabajo familiar, mientras en la economía campesina clásica era la actividad agropecuaria la que definía la posibilidad del trabajo familiar fuera de la finca. Los agricultores se ven obligados a tomar decisiones sobre su parcela a partir del desempeño de la familia en actividades no agrícolas. Es muy difícil incorporar esta relación entre las actividades familiares en su finca y fuera de ella en nuestros análisis sobre las dinámicas de la economía campesina, y aún más difícil de incorporarla en el estudio de las organizaciones de los productores. Sin embargo, podemos enunciar la existencia de dos polos en esta compleja relación, la pluriactividad como estrategia de resistencia a la pobreza o como estrategia de acumulación, según las sinergias que los productores logran establecer en cada caso. Hemos de reconocer que el análisis de la dinámica de la reproducción de la unidad campesina familiar pluriactiva constituye un espacio de incertidumbre, una verdadera caja negra en nuestros estudios sobre la agricultura, sin embargo los trabajos presentados en este libro muestran que la capacidad de organizarse en diferentes formas y niveles es un factor determinante para lograr tales sinergias.

agrícola disminuye muy lentamente, representaba el 4% del PIB total en 2004, representa actualmente el 3.8%.

En cuanto a la segunda primicia, la transformación del modelo político en el cual se inscribe esta acción colectiva, la situación no es menos compleja. Cuando el gobierno salinista dio fin a la posibilidad del reparto agrario con la promulgación de la nueva Ley agraria, el 6 de enero de 1992, diferentes analistas previeron el fin del corporativismo en el campo porque su base principal se había fincado durante décadas en el control del reparto de la tierra por parte de la Confederación Nacional Campesina. Luego, con la ampliación de la reforma política en 1996, se abrió la posibilidad de ampliar los movimientos por la democratización y la autonomía de las organizaciones de los productores agrícolas frente al Estado pero también frente a los partidos políticos. Veinte años después el balance que podemos hacer no marca una ruptura sino más bien transformaciones complejas, llenas de sombras pero también con luces que debemos valorar con precisión para medir el camino andado.

La situación que predomina, o por lo menos la más visible, es la transformación del corporativismo estatal priísta, con el dominio cuasi exclusivo de las organizaciones sociales a través de sus grandes centrales obreras (CTM), campesinas (CNC) y populares (CNOP), en un corporativismo menos rígido en donde los partidos políticos buscan controlar las organizaciones sociales a través de sus líderes, o llanamente afiliarlas. Dicho de otra manera, en lo esencial los métodos de coacción política de las organizaciones sociales por los partidos políticos no han cambiado aunque la competencia entre los partidos para ejercer este control permite a las organizaciones sociales tener mayor posibilidad de aliarse con el partido de su preferencia. Sin embargo, esta nueva pluralidad suele provocar conductas oportunistas, tanto del lado de las organizaciones sociales que de los partidos políticos, en donde prevalece la negociación de votos sobre los acuerdos basados en reglas y principios. También abre la posibilidad de vincular, formalmente por sus estatutos o informalmente por la doble pertenencia (social y política) de sus dirigentes, una organización social a un partido, como en los casos de la Central Campesina Cardenista creada en 1988 para apoyar la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano a la presidencia de la república, del efímero Partido Campesino Popular (partido estatal creado en 2001 en Coahuila), de la Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas que luego de su fracaso se incorpora al Partido Alternativa Socialdemócrata y Campesina en 2005 para contender en las elecciones presidenciales

del 2006. Fuera del sector agrícola, el caso extremo es el del partido Nueva Alianza bajo la batuta de la ex-dirigente del Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación, Elba Esther Gordillo. Es por cierto notorio que muchas de las organizaciones sociales que tenemos hoy en el campo, nacieron al calor de esta compleja transformación del sistema político nacional, en un contexto de gran ansiedad para establecer buenas relaciones en los tres niveles de la administración pública, el municipal, el estatal y el federal.

Con todo, no debemos olvidar que, en contra de muchos pronósticos, la CNC sigue manteniendo una gran fuerza, en particular entre los agricultores acomodados gracias a su importante red de uniones de productores por rama de producción y porque su estructura nacional le permite tener numerosos afiliados en puestos de representación popular desde los municipios hasta el nivel federal en la cámara de diputados y la de senadores. Durante los 12 años de gobierno panista la CNC fue el principal interlocutor de la SAGARPA para representar a los agricultores medios, aunque sin duda, es el Consejo Nacional Agrario, que representa a la agroindustria, él que definió las políticas gubernamentales para el campo. Con el regreso del PRI en el Ejecutivo, se consolidará probablemente esta situación.

Así, no podemos hablar de derrumbe del corporativismo sino de su transformación en un corporativismo más abierto, más competitivo. No parece que hayamos ingresado en un modelo de corporativismo social por dos razones: porque el PRI mantiene su histórica estructura organizacional vertical y porque los demás partidos han establecido formas de control similares con las organizaciones sociales. Tal vez por eso, muchos autores prefieren hablar del neocorporativismo, concepto que no excluye, en mi opinión, la posibilidad de retrocesos autoritarios.

Si bien puede parecer que el camino recorrido a lo largo de las dos últimas décadas es poco, no es menos cierto que propició la expansión de otro proceso, menos visible pero de gran trascendencia para la transformación de la sociedad rural: el desarrollo de asociaciones o empresas agropecuarias o forestales, integradas por pequeños o medianos productores, muchas de ellas dedicadas a proyectos sustentables. El propio gobierno ha fomentado la creación de Sociedades de Solidaridad Social y de Sociedades de Producción Rural para otorgar sus financiamientos a la producción. Tiene registrado más de 30 mil sociedades, pero sa-

bemos que muchas de ellas (acaso la mayoría) son, como se señala en la introducción de este libro, cascarones de vida efímera que duran el tiempo del financiamiento otorgado. Esta practica ha sido permitida por el gobierno tanto por ineficiencia burocrática, como por el uso político de esos financiamientos para ganar votos, a la vieja usanza priísta, o por simple y llana corrupción. Así que no disponemos de datos confiables para saber cual es la importancia de los proyectos productivos que tienen vida propia, sin depender totalmente de los apoyos económicos externos recibidos. Se trata probablemente de un proceso con poca fuerza todavía, endeble, pero suficiente para permitir la creación de redes de productores. Los casos de los productores de maíz, de café, forestales, o de productos orgánicos, son los más conocidos. Son proyectos que, a menudo, van a contra corriente de las políticas oficiales porque sus fundamentos ideológicos se basan en la defensa del pequeño productor, de la economía local, de la sustentabilidad y del comercio justo.

Aún si a falta de información adecuada no tenemos datos tangibles para medir su importancia en el panorama nacional, los estudios de caso disponibles nos permiten hablar de la construcción de un nuevo tejido social en el campo. Mi percepción es que, en el panorama nacional, estos grupos son pocos, dispersos y débiles, pero su presencia social no se mide sólo por su impacto en la economía sino por su capacidad de poner en evidencia la posibilidad de alternativas productivas para construir una sociedad con mayor equidad y bienestar social. En el marco del corporativismo autoritario, en donde toda acción campesina tenía que ser controlada por el Estado, esas iniciativas no podían existir.

Estas organizaciones productivas no suelen pertenecer a las grandes organizaciones nacionales porque enfocan su acción más en el incremento de sus propias capacidades para la construcción de su proyecto productivo que en el respaldo externo. Valorizan más lo propio que lo externo, más lo productivo que lo político, más la organización que la movilización, sin por ello descuidar sus relaciones con las instituciones administrativas y políticas. Ponen en evidencia la necesidad de jerarquizar los diferentes niveles de cualquier proceso de organización productiva en función de las necesidades de su propio proyecto de vida. Estas experiencias nos permiten reconocer que puede existir una relación funcional entre el sistema político y el económico siempre y cuando se respete la autonomía de los actores sociales.

Es en este contexto que se desarrollan los procesos organizativos analizados en el presente libro, y no podemos menos que estar de acuerdo con la afirmación que se apuntala en su conclusión cuando se afirma que la complejidad de todo proceso de organización para la producción "suele asustar al más intrépido de los investigadores".